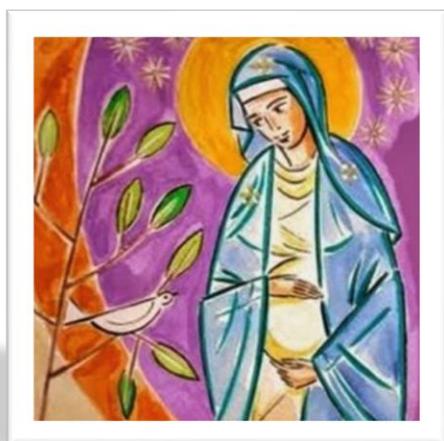


NOVEMBRE 2021

Congregazione delle Monache della Passione di Gesù Cristo

Adviento, estación de espera



El primer Adviento del género humano corresponde a los albores de la historia, después del pecado original. Nuestros primeros antepasados, al darse cuenta de que habían perdido la amistad de Dios, esperan un libertador prometido por el mismo Señor. Dios, amonestando al seductor del Edén, declara:

...Entonces Yavé Dios dijo a la serpiente: «Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás tierra por todos los días de tu vida. Haré que haya enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Ella te pisará la cabeza mientras tú herirás su talón» (Gen 3, 14. 15).

La espera se volvió más desesperada cuando los seres humanos, reconocidos como un propio pueblo, son esclavizados en Egipto y luego prisioneros en Babilonia. Su espera se convierte en la anticipación de un Mesías, el Ungido de Dios, que rescatará a sus siervos. Una y otra vez, las voces de los profetas anuncian su venida.

Lo veo; pero no por ahora, lo contemplo, pero no de cerca: un astro se levanta desde Jacob, un cetro se yergue en Israel... (Núm 24,17). Pues ahora te desposa tu creador, Yavé de los Ejércitos es su nombre. El que te rescata es el Santo de Israel, quien se llama Dios de toda la tierra (Is 54,5).

En la plenitud de los tiempos, el Mesías esperado aparece en Belén, como se había profetizado. Es Jesús, el Hijo del Padre que, por obra del Espíritu Santo, nace de la Santísima María. Él, educado por José y María y instruido por José en las habilidades del carpintero, vencerá el pecado y restaurará la paz. Sin embargo, habrán algunos, especialmente entre los líderes, que no lo aceptarán, considerándolo un falso mesías. Lo condenarán y lo crucificarán. Todo esto ya había sido predicho por Jesús, así como su resurrección al tercer día y su glorioso regreso al final de los tiempos.

Dicho esto, los Apóstoles lo vieron elevarse, y una nube lo ocultó de la vista de ellos. Como permanecían con la mirada puesta en el cielo mientras Jesús subía, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Hombres de Galilea, ¿por que siguen mirando al cielo? Este Jesus que les ha sido quitado y fue elevado al cielo, vendrá de la misma manera que lo han visto partir». (He 1,9-11).

Esto ya había sido profetizado por los profetas. Por ejemplo: *¡Que despierten y suban las naciones al valle de Josafat! Porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor. Así ustedes sabrán que yo soy el Señor, su Dios, que habito en Sión, mi santa Montaña. Jerusalén será un lugar santo.... (Jl 4, 12; 17)*

Este regreso de Jesús se compara con la celebración de una boda.

Escuchen, pues, lo que pasará entonces en el Reino de los Cielos. Diez jóvenes salieron con sus lámparas para salir al encuentro del novio. Cinco de ellas eran descuidadas y las otras cinco precavidas. Las descuidadas tomaron sus lámparas como estaban, sin llevar más aceite consigo. Las precavidas, en cambio, junto con las lámparas, llevaron sus botellas de aceite. A medianoche se oyó un grito: «¡Viene el novio, salgan a su encuentro!» Entonces las descuidadas dijeron a las precavidas: «Dennos un poco de su aceite, porque nuestras lámparas se están apagando.»...«...vayan mejor a donde lo venden, y compren para ustedes.»...Llegó el novio; las que estaban listas entraron con él a la fiesta de las bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron las otras jóvenes y llamaron: «Señor, Señor, ábrenos.» Pero él respondió: «En verdad se lo digo: no las conozco.» Por tanto, estén despiertos, porque no saben el día ni la hora (Mt 25, 1-4.6.8-13).

Por lo tanto, es una expectativa de una venida culminante en la que el Señor juzgará a todas las naciones y a cada persona individualmente. La actitud que mejor corresponde con esta venida es, por tanto, la vigilancia, no sea que uno se encuentre desprevenido al momento de esta llegada. Es una venida que decidirá nuestra eternidad. Pondrá fin a nuestras súplicas junto con nuestra sentencia definitiva. Sin embargo, para que la espera no se convierta en indiferencia, Jesús irrumpe continuamente en la historia global y en la historia de cada uno de nosotros. Nuestra existencia, por tanto, debe balancearse entre los polos de la venida diaria de Cristo a mi y la venida definitiva de Cristo-juez.

Por eso el Adviento aún no ha terminado y la Iglesia nos invita a reingresararlo cada año. El Adviento vuelve a despertar nuestra búsqueda diaria del Señor, nos recuerda el tiempo en que el Hijo de Dios descendió a la tierra. “...Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia” (Mt 28,20) Jesús nos lo prometió antes de ascender al Padre.

Esta estación de espera se dedica a la práctica de virtudes sólidas como, una vez más, nos dice San Pablo: *Y ya que el dulcísimo Jesús nace en nuestra conmemoración en esta sobresuavisima noche, hagámonos también nosotros niños con El, escondiéndonos cada vez más en nuestra verdadera nada, humildes, sencillos como niños, con exacta obediencia, sencillez, claridad de conciencia, amor a la santa pobreza, amor grande al padecer*

Este Adviento intermediario, como lo denominaron los Padres de la Iglesia, parece tan misterioso y oculto porque en él Jesús no aparece plenamente vivo, como lo vieron los discípulos, ni en toda Su Gloria como estará en el juicio final.

Hay que mirar con el corazón para saber reconocerlo, verlo en nuestros hermanos y hermanas; está ocultado por apariencias humanas. Aquí, en este texto de Mateo, vemos cómo Cristo reunirá a sus fieles, aquellos que lo han amado y ayudado en esta vida pasajera.

...«Vengan, benditos de mi Padre, y tomen posesión del reino que ha sido preparado para ustedes desde el principio del mundo. Porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer; tuve sed y ustedes me dieron de beber. Fui forastero y ustedes me recibieron en su casa. Anduve sin ropas y me vistieron. Estuve enfermo y fueron a visitarme. Estuve en la cárcel y me fueron a ver.» ...«En verdad les digo que, cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí.» (Mt 25, 34-36.40).

Este pasaje es lo suficientemente claro como para ayudarnos a evocar durante este Adviento, ya próximo, el nacimiento temporal de Cristo; prepararnos para su gloriosa venida; y hacer de cada momento de nuestra existencia una ocasión para salir a su encuentro.

¿Cómo viven las Monjas Pasionistas la estación de Adviento? Sobre todo, en el recuerdo contemplativo de la venida de la Palabra al mundo, como sugiere nuestro Fundador: *Se acerca el tiempo del santo Adviento, en el que la Santa Madre Iglesia conmemora el divino desposorio que el Verbo eterno celebró con la naturaleza humana en su sacratísima Encarnación. Contemple, hija mía, este misterio de altísima caridad, y deje que su alma se engolfe y sumerja con libertad en el mar infinito de todo bien; desee y pida mucho que se celebre pronto el gran desposorio de amor entre Jesús y su alma...* (Pablo de la Cruz, carta a Inés Grazi, Noviembre 29, 1736)



y, sobre todo, una auténtica simplicidad infantil, en la verdadera y exacta observancia de las Santas Reglas y Constituciones, sin atrevernos a interpretarlas ni glosarlas en sentido largo ni de ninguna otra manera, porque "arcta est via, quae ducit ad vitam [angosta es la vía que conduce a la vida];" sino dejémonos gobernar, dirigir y manejar por nuestros superiores, los que el buen Dios ha puesto para gobernar y dirigen a esta pobre Congregación.... (Pablo de la Cruz, carta al P. Fulgencio Pastorelli de Jesús, Diciembre 15, 1746).

Cada Hermana debe prepararse como mejor crea para ese momento definitivo cuando el Señor vendrá para recogerla a sí mismo, pero con especial atención a lo que escribe San Pablo de la Cruz en la Regla primitiva (# 218): *Igualmente al fin de cada mes todas harán el retiro para pensar en prepararse a una verdadera, buena y santa muerte, haciendo un examen particular de sus conciencias....*

¿Qué de la espera actual? Dado que el Señor nos ha asegurado que siempre estará con nosotras, debemos cultivar una atención amorosa hacia Aquel que está presente para nosotras en todas partes y en todo momento. Debemos acogerlo, amarlo y ayudarlo en las personas de nuestros hermanos y hermanas a medida que los encontramos, sabiendo que es precisamente en ellos donde lo descubriremos. Si mantenemos esta actitud de vivir siempre en Su presencia, no temeremos a la muerte ni al juicio-final; serán para nosotras la venida definitiva de Jesús. Tendremos incluso esa serenidad que nuestro Fundador nos describe con palabras inspiradas y ardientes: *¡Oh, Dios mío, qué será de nuestros corazones cuando naveguen por aquel infinito mar de dulzuras! Qué será cuando allá arriba, en el cielo, nos veremos transformados por amor en Dios, y seremos saciados de aquel infinito bien, de que está lleno nuestro Dios! Qué será, hija mía, cuando cantemos eternamente las divinas misericordias, los triunfos del Cordero Inmaculado y de María Santísima nuestra Madre! Qué será cuando cantemos sin cesar aquel eterno Trisagio: Sanctus, Sanctus, Sanctus, y en compañía de los Angeles entonemos aquel dulcísimo Alleluia! ¡Qué será de nuestros corazones y de nuestro espíritu! Unidos a Dios más que el hierro, que sin dejar de ser hierro parece todo fuego, quedaremos tan transformados en Dios, que el alma se verá toda divinizada. ¡Oh, cuándo llegará ese día! ¡Cuándo vendrá la muerte a romper los muros de esta prisión! Entonces ¡ah!, será el día de nuestro desposorio, de nuestras bodas, en las que el alma por altísima manera se desposará con Jesús, y se sentará a la mesa de aquel celestial convite.* (San Pablo de la Cruz, carta a Inés Grazi, Agosto 29, 1737)

Asimismo, la conclusión del Apocalipsis nos presenta una visión luminosa de nuestra unión con Cristo cuando, finalmente, nuestra espera llegará a su fin y el Adviento se convertirá en la visión beatífica de Dios.

Y vi a la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, engalanada como una novia que se adorna para recibir a su esposo. Y oí una voz que clamaba desde el trono: «Esta es la morada de Dios con los hombres; él habitará en medio de ellos; ellos serán su pueblo y él será Dios-con-ellos; él enjugará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte ni lamento, ni llanto ni pena, pues todo lo anterior ha pasado.» Y el que estaba sentado en el trono dijo: «Ahora todo lo hago nuevo». Luego me dijo: «Escribe, que estas palabras son ciertas y verdaderas. Y añadió: «Ya está hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin. Al que tenga sed yo le daré de beber gratuitamente del manantial del agua de la vida. Esa será la herencia del vencedor: yo seré Dios para él y él será hijo para mí (Ap 21, 2-7). No vi templo alguno en la ciudad, porque su templo es el Señor Dios, el Todopoderoso, y el Cordero. La ciudad no necesita luz del sol ni de la luna, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero. A su luz caminarán las naciones... (Ap 21,22-24)



El que da fe de estas palabras dice: «Sí, vengo pronto.» Amén. Ven, Señor Jesús. (Ap 22,20)

Sor M. Cecilia del Espíritu Santo - Pasionista (Maria Pia Mongiardino)
Monasterio de Genova Quarto (Génova, Italia)